

# Sáhara Occidental: la próxima tormenta del desierto

Artículo original: Xan Rice

Traducción: Fernando Gómez

Fuente: <http://www.newstatesman.com/afrika/2010/09/western-sahara-morocco>

Traicionado por España y oprimidos por Marruecos, el pueblo saharauí del Sáhara Occidental puede compararse a los palestinos o de la mayoría negra en el apartheid de Sudáfrica. Y quieren que el mundo conozca su historia.



**El rey Mohammed VI de Marruecos estaba visitando un hammam cuando se le apareció un genio.**

**"Yo puedo concederle un deseo," dijo el genio.**

**"Me gustaría ver a mi difunto padre, Hassan II," respondió Mohammed.**

**"Es un deseo muy difícil de cumplir, traer de vuelta una persona de entre los muertos, uff" dijo el genio. "¿Tienes otro deseo?"**

**"Bien, me gustaría entonces que el Sáhara Occidental formara parte de Marruecos," dijo Mohammed.**

**"Cuelga y espera mientras busco a tu padre," dijo el genio.**

**(Chiste saharauí)**

En la expansión marroquí por el desierto del Sahara Occidental está el muro continuo más largo de todo el mundo. Comienza en Marruecos y repta hacia el sur a través del desierto de por más de 2.400 kilómetros hasta llegar al Océano Atlántico. Más de 130.000 soldados protegen la línea en su perímetro. Hecho de arena y piedra, mide un metro y medio de ancho y entre dos y tres metros de alto y tiene puestos de mando cada dos millas (3,2 km). Sensores de movimiento, alambre de púas y varios millones de minas terrestres proporcionan una capa adicional de defensa. La mayor parte de su curso, atraviesa una región escasamente poblada que Marruecos consideran como sus provincias meridionales. En los mapas, el área aparece como el Sáhara Occidental. Las Naciones Unidas lo llaman un "territorio no autónomo". Es la última colonia de África, donde una guerra de liberación casi olvidada se encuentra inactiva.

Al muro se le conoce como muro de Hassan, después que el rey Hassan II de Marruecos, que se anexionó la mayor parte de lo que entonces se conocía como Sáhara Español y tras arrancarlo a España en 1976. Alrededor de la mitad de la población es indígena, la Saharauis, a quienes se les había prometido una votación sobre la libre determinación por parte de España, y tuvieron que huir a través del desierto a campamentos de refugiados en una esquina inhóspita de Argelia, con el fin de escapar de las reglas de Marruecos.

Fueron asistidos por el Frente Polisario, un mal armado pero feroz ejército que había sido determinado por el movimiento nacionalista. Incapaz de prevenir los ataques contra sus tropas por la guerrilla del Frente Polisario, el rey Hassan ordenó crear una serie de murallas defensivas en torno a las principales ciudades y las instalaciones en el Sáhara Occidental. Excavadoras crearon la barrera en su lugar, finalmente encerrando las cuatro quintas partes del territorio. Forzado cada vez más a las profundidades del Sáhara, el Frente Polisario se quedó con una franja del desierto que se llama la Zona Liberada.

La pared debería haber sido derribada. En 1991, Marruecos y el Polisario acordaron poner fin a sus 16 años guerra. Las Naciones Unidas propusieron supervisar un referéndum sobre la independencia del Sáhara Occidental después de nueve meses. Marruecos bloqueó en primer lugar la votación y, a continuación, abandonó la cuestión por completo cuando se dio cuenta que el resultado no iría en su favor. Dieciocho años y casi 1 billón de dólares en gastos de Naciones Unidas más tarde, los campamentos del Frente Polisario – y más de 100.000 refugiados – están todavía allí. Por lo tanto sigue existiendo ese muro, aunque pocos fuera del Magreb saben que existe. Tampoco yo, hasta que un día vi que lo representaban con una línea negra gruesa sobre un mapa de África que compré hace unos pocos años. Yo estaba intrigado y resuelto a ver el muro y escuchar las historias de los saharauis que viven a ambos lados.

Conduciendo a través de las planas llanuras desérticas en la Zona Liberada, la pared me pareció como un caramelo de bandas en el horizonte. Dos soldados marroquíes en un mirador se agachaban fuera de la vista cuando vieron el Land Cruiser del Polisario acercándose. "¡Conejos! ¡Cobardes!", maldecía un periodista saharauí de 39 años de edad que me acompañaba y activista de la independencia, Malainin Lakhel. Él lucía pelo despeinado, una perilla y gafas con borde plateado. "El muro de la vergüenza", escupió. Él sabía todo sobre el muro – que él había cruzado una noche nueve años antes. En aquel entonces, él estaba huyendo para escapar de la policía secreta de Marruecos, dejando atrás a sus parientes, su futura esposa y la intifada en los "territorios ocupados". Que fue donde comenzó mi viaje.

En una noche fría y lluviosa en enero del año pasado, embarcaron en un autobús en la ciudad costera marroquí de Agadir y me dirigí hacia la costa. Al amanecer, alcanzamos Tarfaya, un pequeño asentamiento a 60 millas a través de las aguas de las Islas Canarias. La niebla salía del Atlántico. Unos pocos hombres deambulaban por las calles, espolvoreados de arena, fantasmales, en sus gruesas djellabas y encapuchados. Fue aquí, a finales de 1975, donde 350.000 marroquíes se reunieron bajo las órdenes del rey Hassan antes de la llamada "Green March" (Marcha Verde) hacia el Sáhara Occidental, en una clara muestra de intenciones durante los últimos días de la dominación española. En la tarde, cogí otro autobús, siguiendo la ruta de los manifestantes, al sur a través de matorral, cruzando una frontera invisible. En las afueras de El Aaiún, la capital del territorio, un policía abordó el autobús; comprobación de las tarjetas de identidad de todos los pasajeros. Entregué mi pasaporte, con la esperanza de que no sería fácil deducir mi profesión. Los periodistas no son bienvenidos en el Sáhara Occidental; preguntar sobre la "Integridad territorial" en Marruecos es quebrantar la ley.

Una base militar custodiaba la entrada a la ciudad, cuyos edificios color rosa del desierto se levantaban más allá de un ancho río verde. Encontré un hotel barato. Mi habitación está frente a un banco de parabólicas de radar y siete jeeps militares en un monte arenoso.

Era de noche, y soldados con gorras de pico y uniformes oscurecidos se van a casa en bicicleta. Banderas marroquíes ondean en cada bloque. La ciudad tiene una sensación de ordenada, estéril, distinta de la atmósfera frenética de ciudades tales como Fez y Marrakech. Es una sensación distinta también. En el tráfico y estacionados en la carretera hay un excesivo número de vehículos de la policía, en su mayoría nuevos sedanes y minivans, pintados de azul oscuro o blanco, con rejas metálicas en las ventanas y los faros.

La ciudad tiene ojos, como Aminatu Haidar, una "petite" mujer al principio de los cuarenta con gafas tintadas de color marrón, conoce todo demasiado bien. La " Gandhi saharai " para sus partidarios – y un traidor peligroso, según Marruecos – Haidar ha llegado a simbolizar la lucha no violenta para los derechos de los saharauis. Cuando la traductora llegó, me contó toda su historia.

Nacida en el Aaiún, ella tenía nueve años cuando las tropas marroquíes entraron en Sáhara Occidental; familiares en ambos lados de su familia huyeron a Argelia. En el plazo de unos meses, cientos de saharauis simpatizantes con el Frente Polisario y que se quedaron atrás fueron enviados a cárceles clandestinas en Marruecos. Un tío de Haidar fue uno de los detenidos desaparecido. "Mi madre rompía a menudo a llorar por su hermano", dijo Aminatu. "Mi tío tenía seis hijas, y la presión sobre ellos era terrible. Esto me hizo comprender que algo estaba horriblemente mal." A finales de 1987, mientras estudiaba bachillerato, Haidar secretamente, participó en la organización de una manifestación independentista haciéndola coincidir con una rara visita de una delegación de Naciones Unidas al Sáhara Occidental. A las 3:30 horas de la madrugada antes de la llegada de la misión de la ONU, policías de paisano se abalanzaron sobre la casa de sus padres.

Todavía en pijama, fue llevada en una furgoneta con los ojos vendados. Al menos unos setenta otros jóvenes saharauis fueron incautados al mismo tiempo. Fueron llevados a una prisión secreta en el Aaiún, donde fueron atados a un tablón, con la cara hacia abajo y con sus manos y los pies atados. Los oficiales les patearon y abofetearon, amenazaron con violarlos y les dieron descargas eléctricas. "Intentábamos mover nuestras vendas un poco para permitirnos ver fuera. Pero la policía enfocaba luces a nuestros ojos; si reaccionamos sabían que tenían que apretar la venda cegadora".

Su "desaparición" duró tres años y siete meses. Ella estuvo vendada la mayoría del tiempo. Años más tarde escribió en un testimonio en la red: "el 19 de junio de 1991 es el día de mi liberación. El primer día del verano y un festival de música en otros lugares. Yo estoy liberada, soy sólo una sombra de mí misma. Un fantasma, uno de los muertos vivos, una niña de un infierno sin nombre".

Por aquel entonces el Sáhara Occidental había cambiado. Marruecos habían gastado muchos millones de dólares en proyectos de infraestructura – aunque sólo una fracción de las ganancias de la venta de fosfato del territorio y los derechos de pesca – mientras utilizaba las subvenciones y las promesas de puestos de trabajo para tentar a decenas de miles de sus ciudadanos a movilizarse. Según el rey Hassan, esto era lo justo; le dijo a su pueblo que Marruecos ellos habían ejercido su autoridad sobre el Sáhara Occidental antes de la colonización española en 1884 y que la mayoría de saharauis eran partidarios de la integración. Era una mentira. En 1975, las Naciones Unidas, que durante más de una década habían presionado a España para la celebración de un referéndum sobre la autodeterminación, enviaron una misión de investigación al Sáhara Occidental. Concluyó que el Frente Popular de Liberación de Saguiya el Hamra y Río de oro, o Frente Polisario, formado dos años antes, representaba la expresión más importante de la opinión de los saharauis, y que "la mayoría de la población en el Sáhara español estaban manifiestamente a favor de la independencia".

Marruecos, entretanto, había llevado su caso a la Corte Internacional de Justicia. Pero, en una sentencia de 14/2, la Corte encontró que las pruebas no "apoyaban la pretensión que

Marruecos ejercía sobre la soberanía territorial del Sáhara Occidental" antes de que España llegara. Una reclamación de Mauritania, realizada por motivos similares, también fue rechazada. Curiosamente y extrañamente, el rey Hassan interpretó la decisión del Tribunal como una victoria, y al día siguiente anunció sus planes para la marcha verde. España, en desorden político con el general Franco en su lecho de muerte, capituló a la presión marroquí, y tan solo en un mes fue alcanzado un acuerdo para permitir que el rey y el Gobierno mauritano se dividieran la colonia entre sí.

Hoy en día, hay aproximadamente 200.000 personas en el Aaiún – un aumento de casi diez veces la población en 1975 – y cerca de 400.000 en todo el territorio del Sáhara Occidental. La mayoría son marroquíes. Muchos de los activistas saharauis con los que hablé describieron esta afluencia usando el léxico de Oriente Medio de la "creación de hechos sobre el terreno". Pero un genial marroquí que era propietario de una empresa de alquiler de coche y que, tras algunos intentos de convencerlo, me condujo a ver el puerto un día, se veía lleno de un vacío de empleo. "El problema con los saharauis es que son perezosos", dijo. "Son como los saudíes que reciben personas pobres de Asia para hacer todo el trabajo para ellos. Sólo quieren dinero del Gobierno y luego sentarse en casa. "

Quedarse en casa era la única opción para Haidar después de su liberación, porque Marruecos le negó un pasaporte y le prohibió ir a la universidad. Después de numerosos llamamientos, finalmente se le permitió estudiar filosofía en Rabat – la ubicación y curso fueron elección de Marruecos. Si la intención era obtener de Haidar la comprensión del punto de vista del rey Hassan, fallaron. Ella comenzó a documentar los abusos de los derechos humanos contra los saharauis cada vez más aumentados. El referéndum prometido había despertado esperanzas para muchos que por fin se reunían con sus parientes en el otro lado del muro. Pero los intentos dudosos del rey Hassan para clasificar las más de 120.000 personas que viven en Marruecos como votantes saharauis – y su decisión de lanzar llamamientos después de que casi todos fueron rechazados por el equipo de referéndum de las Naciones Unidas – habían estancado el proceso. En 1999, el año que Hassan murió y su hijo asumió el trono como Mohammed VI, rompiendo la paciencia. Los primeros estudiantes saharauis en Marruecos lanzaron pequeñas protestas pidiendo mejores condiciones, y a continuación, las manifestaciones se extendieron a El Aaiún. Después de quince días, la policía se trasladó allí golpeando y deteniendo a cientos de ellos.

Había comenzado la "primera intifada". El tabú de la disensión pública había sido roto por primera vez desde que se inició la ocupación. Seis años más tarde, cuando se hizo evidente que Mohammed no tenía la intención de permitir a los saharauis una votación, –“autonomía es lo mejor que pueden esperar”, dijo – estalló la segunda intifada. Haidar, quien, en ese momento tenía un hijo y una hija, se unió a una de las manifestaciones de solidaridad. Un policía la atacó con una porra. La sangre fluyó desde su cara y con tres costillas rotas y una clavícula rota, fue llevada al hospital, donde fue detenida.

Mientras Haidar iba contándome su historia, Ali Salem Tamek, un robusto señor de 36 años de edad con perilla, vestido con la túnica tradicional draa azul, llegaba al apartamento. Tamek ha estado en la cárcel varias veces y es famoso por sus huelgas de hambre, que al menos, en una ocasión, le ha llevado al borde de la muerte. Una revista marroquí puso una vez su rostro en su portada bajo el titular "Enemigo público número uno".

Tazas de té y bandejas de dátiles pasaron alrededor y Tamek asentía mientras Haidar continuaba su historia. Ella salió de una huelga de hambre durante 52 días en la conocida Cárcel Negra de El Aaiún, perdiendo 17 kilogramos. Tras la presión de la Unión Europea y Amnistía Internacional, fue liberada después de siete meses. "Este tiempo en la cárcel fue peor", dijo. "Antes, no tenía hijos. Era sólo yo. No tenía ningún sentimiento de maternidad. Ahora el sufrimiento era doble".

Para escapar de la paranoia rastreadora de El Aaiún – un extraño en un café había casualmente mencionado que él sabía dónde yo estaba viviendo unas pocas horas después de que llegué, alquilé un coche y un conductor para llevarme a Smara. La tercera mayor ciudad del Sáhara

Occidental y la única de cualquier tamaño que no está en la costa, Smara también es la más cercana probablemente al muro, aproximadamente a 30 millas de distancia. Más allá del puesto de policía en la frontera de El Aaiún, estábamos en el desierto abierto. Después de dos horas alcanzamos Smara, donde nos detuvimos y pasamos dos puestos de control adicionales. En la calle principal había unos pocos cafés. Prácticamente todos los clientes eran soldados. Había varios carteles de rey Mohammed, y numerosas furgonetas antidisturbios estacionadas en la carretera.

Un policía se negó a darnos permiso para entrar en un barrio pobre y densamente empaquetado. "Esto no es una ciudad turística, es una zona militar," dijo.

Nuevamente en el Aaiún, llamé a Brahim Dahane, otro activista y antiguamente uno de los detenidos desaparecidos. Él me dijo que para reunirme con él fuera de una agencia de viajes en una esquina transitada. Cuando llegué a allí, oí una voz detrás de mí.

"¿Es usted?", "Sí". "Sígame."

Su apartamento estaba cerca. Dahane, se apresuró dentro y caminó a la ventana, tirando de la cortina un poco para mirar hacia abajo, en la calle. Pocos días antes, uno de sus colegas de la **Asociación Saharaui de Víctimas de Violaciones de Derechos Humanos**, había sido arrestado por reunirse con una delegación del Parlamento Europeo, que venía siendo bloqueada por Marruecos tras visitar el Sahara Occidental en el año 2005, y se les había permitido viajar a El Aaiún para una visita de medio día.

Dahane tuvo abierto un cibercafé en una ubicación privilegiada para servir como una especie de centro cultural saharauí. Pero la policía se mantuvo asaltándolo, los clientes dejaron de venir y él se vio obligado que cerrarlo. Otros activistas me habían contado historias similares de acoso a cualquier persona que considerasen que pudiera tener ideas independentistas, sin importarles cómo jóvenes fuesen. Una tarde en casa, mientras se levantaba la noche, Haidar señaló que incluso en la escuela había presencia policial permanente para suprimir cualquier disidencia. Si la gente como Aminatu y Dahane fueron la segunda generación de saharauís en luchar por la independencia, ahora hay una tercera pintando las paredes con la bandera de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), – el Estado declarado por el Frente Polisario en 1976 – profesores desafiantes, gritando consignas independentistas.

"Tenemos una garantía en nuestros niños", dijo Mohamed Fadel Gaoudi, un ex preso político que más tarde me invitó a su apartamento para la cena con varios otros. "Niños de diez o doce ahora participan en manifestaciones, que nunca hicimos. Dicen que no hay alternativa a la libre determinación."

Una nota de humor negro se desvió en la conversación. La marcha verde fue la "marcha negra", las Naciones Unidas, las "Nada Unidas": su misión en el Sáhara Occidental tiene un presupuesto anual de 50 millones de dólares, pero no hay ningún mandato para vigilar los derechos humanos. Pero, a la medianoche, Haidar se unió a nosotros, levantado el estado de ánimo. Le pregunté si había sido tentada por ofertas de asilo en Europa. "Prefiero vivir en mi país de origen, en efecto en la cárcel, pero con dignidad y determinación. En tanto que los saharauís no han decidido (su futuro) por sí mismos, no nos podemos detener", dijo.

La siguiente vez que hablé con Haidar fue por teléfono muchos meses más tarde. Ella estaba en huelga de hambre en un aeropuerto en Lanzarote, España, habiendo sido expulsada de El Aaiún por negarse a aceptar al estado "Marroquí" como su nacionalidad, en el formulario de llegada cuando volvía de Estados Unidos, donde ella había sido galardonada con la más reciente de varios premios de derechos humanos. Brahim Dahane y Ali Salem Tamek estaban en la cárcel en Marruecos y enfrentados a un tribunal militar, habiendo sido arrestados con otros agitadores saharauís tras visitar los campamentos de refugiados del Polisario en Argelia.

Si Sáhara Occidental tiene un paisaje turístico a dibujar, es Dakhla, que se asienta en un dedo de tierra, apuntando hacia el mar a dos tercios del camino hacia la costa. En 1976, como parte del acuerdo con Marruecos y España, Mauritania se hizo cargo de la ciudad, pero después de tres años de los ataques del Frente Polisario se retiró y renunció a su reclamo territorial. Marruecos se traslada, y en septiembre de 1985 ya había extendido la pared desde el norte para proteger la ciudad. Cogí el bus allí una mañana. Furgonetas de acampada nos pasan en la carretera.

Estuve en Dakhla para satisfacer a un funcionario de los saharauis, a quien, por su propia seguridad, llamaré Mustafá. Quería averiguar cómo era la vida de alguien que no participa activamente en la lucha. Nos reunimos en una calle cerca de una plaza transitada, perfumada con el olor de los sándwiches de camello y nos dirigimos a su apartamento. Charlamos un rato, hasta que su compañero de habitación, Abdallahi surgió de un dormitorio con su novia, saludó y se fue. Abdallahi era saharauí, ella era marroquí. Mustafá había esperado que ella nos dejase antes de hablar libremente. "Hay en todas partes informantes, guardias, tenderos..." dijo.

Mustafá había escrito una novela, que si se publica, sería la primera novela en lengua inglesa escrita por un saharauí, dijo. Leí las primeras páginas en su portátil; era buena, pero nunca se podrá imprimir aquí. "Vivir en los territorios ocupados, cuando se ven privados de utilizar el idioma que desee para dar una opinión – ni siquiera una opinión de terrorismo – y pensar libremente, escribir libremente, te sientes como si estuvieras viviendo en el exilio interno", dijo. Unas noches más tarde nos sentamos mirando la televisión: Al-Jazeera fue la presentación de informes sobre el conflicto en Palestina. "Por lo menos Israel permite a los palestinos publicar sus propios libros en Israel", dijo Mustafá. "Es mejor ser un palestino en Israel que un saharauí aquí."

A un lado de un patio revestido con tanques marroquíes capturados, vehículos blindados y un cañón se encontraban un conjunto de puertas de metal pesado. Tirando de ellas para abrirlas, el cuidador del museo Polisario militar al sur-oeste de Argelia, tocó un interruptor de la luz para revelar un modelo a escala del Sáhara Occidental, con una serie de luces rojas trazando el camino del muro. Malainin Lakhel, el secretario general de los periodistas saharauis y la Unión de Escritores que fue mi guía en los campamentos, señaló la sección sur del muro, en la frontera de Mauritania. Esta fue la sección menos defendida y fue allí donde se había cruzado de los territorios ocupados a principios de 2000.

"Fue una decisión muy difícil", me dijo. "He estado siempre en contra de las personas que abandonan los territorios ocupados para unirse al Polisario. Yo diría: ellos no te necesitan. Tienen combatientes. Nosotros te necesitamos aquí".

Había sido un activista de la independencia desde los años tempranos noventa, trabajando a veces junto a Aminetu Haidar, y ya había sido encarcelado varias veces. Ahora la policía estaba tras sus pasos, lo que le obligaba a dormir en una casa diferente cada noche. Además de su culpa por el abandono de la causa dentro de los territorios ocupados, hubo relaciones personales a considerar.

Tenía una novia estable, y su padre se estaba haciendo viejo; Lakhel sabía que si le dejaba, él nunca podría volver a verlo. Su padre le envió un mensaje: "Cualquiera que sea tu decisión, sé un hombre sobre ella." Con la nota venía un cuchillo de comando. Se acercó al muro por la noche, Lakhel podía ver un puesto del ejército, pero revuelto, cruzó sin ser detectado.

Yo había tomado una ruta más cómoda desde el Sáhara Occidental, volando hacia el norte desde Dakhla a Casablanca, hacia el este a Argel, y por último, al sur de Tinduf, donde Lakhel me estaba esperando en la fría madrugada. Pasamos el puesto militar argelino en el borde de la ciudad, en la oscuridad del desierto y el estado saharauí en el exilio, con su propio gobierno elegido, sistema de justicia, las placas de matrícula ("SH") y segundo idioma, el español que superó al francés utilizado en el resto del Magreb. Además de la zona liberada, que se extiende a lo largo del flanco oriental del Sáhara Occidental, el Polisario

administra cuatro grandes campamentos de refugiados esparcidos más de 100 kilómetros cuadrados en Argelia. Los campamentos tienen nombres de ciudades en los territorios ocupados – El Aaiún, Smara, Dakhla y Awserd. Íbamos hacia un quinto y mucho más pequeño, el campamento llamado Fevrero 27, después del día de la fundación de la RASD por parte del Polisario.

Mi familia de acogida, un par de refugiados con tres hijos pequeños, vivía en una pequeña casa en una loma. Por las noches me sentaba fuera con el sol cayendo convertido en una moneda de oro que le daba al cielo del oeste un aura de color amarillo, luego naranja, y por último, una vez que se había deslizado por debajo del horizonte, blanco marfil. El único sonido era el de las cabras balando en sus corrales.

Una noche Lakhal y yo nos dirigimos en la oscuridad a la casa de Mohammed Yeslem Beisat, ministro de asuntos africanos de la RASD. Con poco más de 40 años, es uno de los más jóvenes funcionarios superiores del Polisario. Durante una cena de carne de camello y cuscús, Beisat contó la historia de cómo, a la edad de siete años, llegó a los campamentos del Sáhara Occidental. Él y su hermano habían pasado sus vacaciones en el desierto con sus familiares mientras sus padres se quedaron en El Aaiún. En medio del pánico, cuando las tropas marroquíes entraron, los muchachos fueron arrastrados al éxodo hacia Argelia. Ellos nunca vieron a sus padres otra vez. "Fue un trauma enorme. Ya no eres la misma persona después de eso", dijo.

Incluso para un pueblo acostumbrado a vivir en el desierto, el área alrededor de Tinduf es dura, hay fuertes tormentas de arena y escasa vegetación. Las temperaturas en verano son tan altas como de 50°C y las noches de invierno son duras y frías. Los alimentos y el agua tienen que ser transportados en camiones por el gobierno argelino, cuyo apoyo ha permitido a Marruecos reclamar hasta estos días que el Polisario existe sólo como un apoderado de Argel.

Los campamentos saharauis estaban limpios y organizados. El Frente Polisario ha aprobado un modelo socialista, tan fuera de necesidad como ideología. Todo el mundo vive en tiendas del mismo estilo y comen los mismos alimentos. El ganado es de propiedad comunal. Identidades tribales – los saharauis no son un grupo homogéneo – fueron deliberadamente ocultados. No había dinero en circulación. Debido a que prácticamente todos los hombres luchaban en el frente, las mujeres cuidan los campamentos y desempeñan un papel de liderazgo en la sociedad – poco frecuente en un país musulmán. La educación, tanto para los niños y los adultos, tiene prioridad. Cuando España dejó el Sáhara Occidental, la tasa de alfabetización saharauí era de menos del 10 por ciento, y en los campamentos ha aumentado a un estimación del 90 por ciento.

Hubo abusos, en particular contra los disidentes políticos que estaban en desacuerdo con los dirigentes del Polisario, pero pocos visitantes del exterior a los campamentos se impresionaron al dejarlos.

En el momento en que Beisat terminó la escuela el conflicto estaba casi terminado. Estudió en Argel antes de regresar a los campamentos a trabajar en el Ministerio de Información, la oficina del presidente y el comité de referéndum. Esa votación que nunca ha sucedido es culpa no sólo de Marruecos, dijo Beisat, sino también las potencias occidentales. La Unión Africana y 80 países, la mayoría de ellos en el mundo en desarrollo, han reconocido la RASD, aunque 25 de ellos ya han roto o congelado relaciones bajo la presión de Rabat. Por el contrario, ningún país ha aceptado formalmente la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental. Sin embargo, a pesar de la clara injusticia y la ilegalidad de la ocupación, Washington se ha negado a presionar a Rabat para permitir la libre autodeterminación, ya que Marruecos es un importante aliado en el Norte de África. Francia, que tiene grandes intereses económicos en Marruecos, ha resultado ser aún más unilateral, y el gobierno español es incapaz de hablar sobre un pueblo traicionado.

"Este problema del Sáhara Occidental no es el problema de la República Democrática del Congo, con las tribus y los minerales", dijo Beisat. "No es el problema de la religión en

Palestina. Se trata de un problema simple, la descolonización transparente que podría ser ordenada con cinco horas de votación. Este sentimiento de humillación crea una bestia dentro de ti. "

Una mañana Lakhali y yo nos dirigimos hacia el este hasta el campamento de Smara, donde los viejos obuses de artillería se pintaron de rojo y blanco, desempeñando su labor como conos de tráfico en la entrada. Las tiendas de campaña de los refugiados han sido sustituidas por casas de ladrillos de adobe, con techos de hierro corrugado sostenido con piedras, y hoy los campamentos se asemejan a ciudades desérticas en lugar de asentamientos de refugiados.

Los más de 100.000 residentes de los campamentos siguen siendo dependientes de la ayuda alimentaria, pero ahora hay una pequeña economía monetaria. Los teléfonos móviles y enlaces de internet permiten a las personas comunicarse con sus familiares en el Sáhara Occidental, a quienes algunos no han visto durante más de tres décadas – a causa del muro.

Para los niños pequeños, los campamentos no son malos lugares para crecer, en comparación con otros emplazamientos de refugiados. La escuela, que es gratuita y obligatoria, se mantiene en un buen nivel, y miles de niños se alojan en el extranjero cada verano con familias españolas. El reto viene después de la escuela. Aunque los hombres siguen estando obligados a hacer el entrenamiento militar básico "como luchadores por la libertad, que no soldados", la mayoría ya no son retenidos en el ejército. Pero dado que los empleos del gobierno son escasos y con bajos salarios, la mayoría de jóvenes deben encontrar otras maneras de ganarse la vida y pasar el tiempo. Desde que la guerra terminó en 1991, muchos miles de refugiados saharauis se han trasladado a Mauritania, el norte de Argelia o a España – un proceso que el Polisario no alienta, pero es incapaz de evitar.

Uno de los colegas Lakhali, un periodista veinteañero que trabaja para la revista oficial del Polisario, me dijo que su madre, hermana y hermano vivía en España. El hermano viajó allí en un viaje de trabajo oficial del Polisario y nunca regresó.

"Los jóvenes pronto comenzarán a decir que el Polisario se puede ir al infierno si no pasa nada", me dijo Lakhali. "Los líderes saben qué es la guerra. Normalmente se debe traer una solución. Pero no hemos tenido ninguna solución en casi 20 años. La sociedad está en ebullición. Los niños nacidos en 1976 son ahora padres. No quiero quedarme aquí. ¿Pueden sofocar su ira? "

Después que Lakhali cruzó el muro, hizo un entrenamiento militar de 14 meses en la zona liberada, cerca de un pueblo llamado Tifariti. Como yo quería ver el muro, estuvo de acuerdo en que me llevara allí. Salimos temprano en la mañana y pronto nos condujimos a través de un desierto plano de grava. Después de cerca de 30 millas, en que violamos una frontera invisible, dejando Argelia por la sección controlada por el Polisario del Sáhara Occidental.

Pronto vimos las tiendas de los nómadas primero. Durante los meses de invierno, cientos de refugiados abandonan los campamentos del desierto abierto, llevando los rebaños de camellos y cabras con ellos. Alrededor de media mañana, en un lugar del Polisario llamado el "Rincón", donde el muro hace un giro hacia el oeste de 90 grados, lo vi por primera vez – y maldijo Lakhali. Basuras de los soldados se esparcían amontonadas contra el alambre de púas frente a nosotros. El muro era menos imponente de lo que me había imaginado – literalmente una barrera de arena – pero las minas terrestres y el gran número de tropas marroquíes aseguraban que era perfectamente eficaz.

Aparcamos a corta distancia. Nuestro conductor, un hombre delgado, travieso apodado "El Macho", cuya labor durante la guerra era operar un lanzador de cohetes Katyusha, recogió leña y encendieron una hoguera.

Lakhali preparó el almuerzo: corazón de camello, los riñones, el hígado y la joroba – un pequeño trozo de carne grasa. Caía la tarde cuando llegamos a Tifariti, una pequeña ciudad



con algunas oficinas administrativas y algunos edificios bombardeados. El paisaje había cambiado, había colinas escarpadas ahora salpicadas de grandes rocas. En la parte superior de una de las colinas estaba el puesto de mando del ejército, pintado de color rojo óxido; cercano estaban los restos de un avión de combate marroquí derribado.

Para el ejército fue un desastre un cartel sobre los abusos en los territorios ocupados, incluyendo una foto de 2005 de Aminetu Haidar, con el rostro ensangrentado.

Cuando Lakhal preparó el té, él habló acerca de las deficiencias en los intentos del Polisario para convencer a la comunidad internacional a ponerse de su lado. "El error es nuestro. ¿Por qué está formada nuestra representación en el Reino Unido por sólo una o dos personas? Contamos con una persona en Australia, es un continente, no un país. Dos personas en Nueva York y las Naciones Unidas y una en Washington. Nadie en China y una en Rusia. Pero con nosotros, usted está hablando en su mayoría con nómadas. Tenemos siglos con nuestro propio sistema y una cultura oral. El poder del mundo todavía no se entiende aquí."

Él me contó una historia acerca de un viaje a Sudáfrica en 2006 para actuar como intérprete para Haidar, a quien le acababa de ser concedido un pasaporte marroquí, lo que le permitió viajar al extranjero por primera vez. Sudáfrica reconoció a la República Árabe Saharaui Democrática, y así Lakhal pudo utilizar su pasaporte RASD. El viaje le obligaba a pasar a través de Frankfurt, donde la policía lo detuvo. "Miraron mi pasaporte y me dijeron: Esto no es un país". Me llevaron a la comisaría de policía. Pregunté si tenían un mapa del mundo, lo que hicieron, así que les mostré el Sáhara Occidental en el mapa. Pero ellos dijeron: "¿Qué es esto de RASD en el pasaporte? Así que le pedí que fuesen a la página web de la Unión Africana, para que pudieran ver que éramos país reconocido. Se quedaron tan sorprendidos".

Le pregunté a Lakhal sobre su esposa, Mariam, que trabaja como funcionario en El Aaiún, y con quien se casó en Mauritania en 2007. Dijo que la echaba de menos y espera que la volvería a ver en unos pocos meses, quizás en Argel.

La tarde siguiente nos fuimos a un puesto militar del Polisario, que consistía en unos simples barracones y un aseado patio de armas. Un goteo constante de soldados entraron a la sala de recepción, que vestían uniformes y botas nuevas. Finalmente llegó el comandante. Formado en Cuba, Habuha Braica estuvo al frente de la artillería del Polisario, dijo Lakhal. Braica nos llevó fuera para ver un cañón obús de cuatro que estaban en una fila junto a dos camiones de plataforma utilizados para moverlos. No ha habido combates durante más de 17 años, sin embargo Braica dijo que sus hombres se mantenían en alerta constante.

En mi última noche en los campamentos, Lakhal y yo caminamos a la modesta residencia de Mohamed Abdelaziz, secretario general del Polisario y presidente de la RASD desde 1976. Tocamos a la puerta, que fue abierta la esposa de Abdelaziz, Jadiya Hamdi, quien también es ministro de cultura. Nos condujo a un comedor largo con paredes de color azul pálido, sofás azules y una mesa cubierta por un mantel de plástico azul decorado con flores. Dos mujeres españolas, viejos amigos del Polisario, que pronto se unieron a nosotros, junto con el representante del Frente Polisario en Galicia.

Abdelaziz se dirigió un poco más tarde, descalzo, a un hombre de sólida estructura con una túnica azul fluido. Se presentó a cada uno de nosotros a carcajadas. Una de las mujeres españolas se llamó América. "¿Por lo tanto, América, habla usted Inglés?", se preguntó. "No", se rió en voz alta, y así lo hizo ella. Le pregunté sobre la posibilidad de una nueva guerra. El último congreso del Polisario, en diciembre de 2007, había cubierto el tema, dijo el presidente. La decisión de reanudar la guerra fue tomada, sólo es necesario el tiempo para decidirse. "Por supuesto que no queremos guerra".

Sin embargo, Abdelaziz no quedó abatido. "Marruecos no está sentado cómodamente", dijo. "Es que aún viven la misma situación militar que en 1991. Con este largo muro, a todos estos soldados se les paga sueldos dobles. Eso es muy costoso para un país como Marruecos".

Dijo que vio la esperanza en Barack Obama y la nueva política exterior de EE.UU., y en la desaceleración económica, también, que sólo podían hacer las cosas más difíciles para Marruecos. "Tal vez tardará un tiempo largo, pero al final el pueblo saharauí prevalecerá, como ocurrió en Sudáfrica, Namibia y Timor Oriental."

Los alimentos fueron llegando; ensalada, camello, patatas fritas, pollo, pan, un tipo de hongo del desierto, frutas. Abdelaziz quiso poner más comida en los platos de sus huéspedes. "Come, América", imploró a la mujer española.

Después de la cena me volví caminando a casa de mi familia anfitriona. Pensé en la alegría Abdelaziz y sus comedidas palabras. Los refugiados han sido despojados de su independencia durante los 19 años transcurridos desde el alto el fuego de 1991, debido a que no hay lucha, al mundo exterior no parece importarle. No parecía haber ningún atisbo de solución satisfactoria en el momento de mi visita, y no ha habido ninguno desde entonces. Sin embargo, muchas personas en los campamentos del Polisario creen que, en palabras de su presidente, al final el pueblo saharauí prevalecerá, como ocurrió en Sudáfrica, Namibia y Timor Oriental.

Tal vez la fe de los refugiados tenga algo que ver con la paradoja del muro. Ellos viven en el exilio, pero al menos tienen un tipo de libertad. En el otro lado del muro, en el Sáhara Occidental, sus familiares, permanecen prisioneros en su propia patria. Hoy en día, Aminetu Haidar, a quien finalmente se le permitió regresar a su casa después de 32 días en huelga de hambre en Lanzarote, sigue siendo objeto de vigilancia constante en El Aaiún. Y Brahim Dahane y Ali Salem Tamek han estado en la cárcel durante muchos meses.

Xan Rice es un escritor que contribuye en el New Statesman.